Testo 2.3.9

Juan Rodríguez Freile, da *El Carnero*

Capítulo XII

En que se cuenta lo sucedido al doctor Andrés Cortés de Mesa, oidor que fue de la Real Audiencia de este Reino; su muerte, con lo demás sucedido durante la presidencia del doctor don Lope de Armendáriz. Su suspensión y muerte.

Corría el año de 1581, y la visita del licenciado Juan Bautista Monzón caminaba con pasos tan lentos, que desde sus principios dio muestras que no había de tener buenos fines.

[…]

Entre estos negocios andaban también los del doctor Mesa. Habíale venido al secretario Lorenzo del Mármol un sobrino, mozo, galán y dispuesto, llamado Andrés de Escobedo. El tío le metió luego entre los papeles del visitador, con que fue allegando amigos y dándose a conocer. El doctor Mesa con los suyos trató de que se le trajesen, y con él platicaba sus cosas y le pedía le fuese favorable con su tío, el secretario.

De las entradas y salidas del Escobedo en casa del doctor se vino a enamorar de la señora doña Ana de Heredia, su mujer, que era moza y hermosa. ¡Ah hermosura!, ¡lazo disimulado! Esto asentó el Escobedo en su voluntad, y no porque la honrada señora le diera ocasión para ello. No paró este mozo hasta descubrirle sus pensamientos, y ella como tan discreta y honrada se los desvaneció, diciéndole que con las mujeres de su calidad parecía mal tanta libertad; y volviéndole las espaldas le dejó con sola esta respuesta, brasa de fuego que siempre le ardía en el pecho.

Sucedió que un día fue el Andrés de Escobedo en busca del doctor Mesa; preguntó a una moza de servicio por él, y díjole que estaba en la recámara de su señora. El Escobedo le dijo: «Pues decidle que estoy aquí, y que tengo necesidad de hablar con su merced». Fue la moza y díjoselo. Respondió el doctor: «Anda, dile que suba acá que aquí hablaremos». A estas razones le dijo su mujer: «Por vida vuestra, señor, que bajéis a hablar con él y no suba acá». A esto dijo el doctor: «No señora, más que eso me habéis de decir, y la causa». Fuéla apurando e importunando, hasta que le dijo lo que pasaba, a las cuales razones respondió el doctor: «Quizá será este el camino por donde tengan mejoría mis negocios. Alma mía, mirando por vuestra honra y por la mía, dadle cuantos favores pudiereis, y mirad si le podéis coger mi proceso, que lo han traído a la visita». Con esta licencia hizo esta señora muchas diligencias, que no fueron de efecto, porque el escribano, como sintió de qué pie cojeaba el sobrino, por no quitarlo del oficio tomó todos los papeles que tocaban al doctor Mesa, y en un baúl los metió debajo de la cama del visitador, con que se aseguró y el doctor no salió con su intento.

Sucedió, pues, que un día, estándose paseando el Escobedo y el doctor en el zaguán, junto a la puerta de la calle, pasó por ella el Juan de los Ríos. Vióle por las espaldas el doctor, y por enterarse bien se asomó a la puerta y volvió diciendo: «¡Ah, traidor! Aquí va aqueste traidor, que él me tiene puesto en este estado». Asomóse el Escobedo y viólo, y dijo: «A un pobrecillo como ese, quitalle la vida». Respondió el doctor: «No tengo yo un amigo de quien fiarme, que ya yo lo hubiera hecho». Respondió el Escobedo: «Pues aquí estoy yo, señor doctor, que os ayudaré a la satisfacción de vuestra honra». Este fue el principio
por donde se trazó la muerte al Juan de los Ríos; otras veces lo consultaron, como consta de sus confesiones. Finalmente, el demonio, cuando quiere romper sus zapatos, lo sabe muy bien hacer.

El Juan de los Ríos era jugador y gastaba los días y las noches por las tablas de los juegos. Pues sucedió que estando jugando en una de ellas un día entró el Andrés de Escobedo y púsose junto al Ríos a verle jugar, el cual perdió el dinero que tenía; y queriéndose levantar, le dijo el Andrés de Escobedo: «No se levante vuesamerced, juegue este pedazo de oro por ambos». Echóle en la mesa un pedazo de barra, de más de ochenta pesos, con el cual el Ríos volvió al juego, tuvo desquite de lo

que había perdido, hizo buena ganancia que partieron entre los dos; y de aquí trabaron muy grande amistad, de tal manera que andaban juntos y muchas veces comían juntos, y jugaba el uno por el otro. Duró esta amistad más de seis meses, y al cabo de ellos el doctor Mesa y el Escobedo trataron el cómo lo habían de matar y a dónde.

El concierto fue que el doctor Mesa aguardase a la vuelta de la cerca del convento de San Francisco, donde se hacía un pozo hondo en aquellos tiempos, que hoy cae dentro de la cerca del dicho convento, y que el Andrés de Escobedo llevase allí al Juan de los Ríos, donde le matarían.

Asentado esto, una noche obscura el doctor Mesa tomó una aguja enastada y fuese al puesto, y el Escobedo fue en busca del Juan de los Ríos. Hallóle en su casa cenando, llamóle, díjole que entrase y cenarían. Respondióle que ya había cenado, y que lo había menester para un negocio. Salió el Ríos y díjole: «Qué habéis menester?». Respondió el Escobedo: «Unas mujeres me han convidado esta noche y no me atrevo a ir solo». Díjole

el Ríos: «Pues yo iré con vos». Entró a su aposento, tomó su espada y capa, y fuéronse juntos hacia San Francisco. Llegando a la puente comenzó el Escobedo a cojear de un pie. Díjole el Ríos: «¿Qué tenéis, que vais cojeando?». Respondióle: «Llevo una piedrezuela metida en una bota y vame matando». «Pues descalzaos», dijo el Ríos. «Ahí adelante lo haré». Pasaron la puente, tomaron la calle abajo hacia donde le esperaban. Llegando cerca de la esquina dijo: «Ya no puedo sufrir esta bota, quiérome descalzar». Asentóse y comenzó a tirar de la bota. Díjole el Ríos: «Dad acá, que yo os descalzaré». Puso la espada en el suelo y comenzó a tirar de la bota. El Escobedo sacó un pañuelo de la faltriquera, dijo: «Sudando vengo», en alta voz; limpióse el rostro y echó el pañuelo sobre el sombrero, señal ya platicada. Salió el doctor Mesa y con la aguja que había llevado atravesó al Juan de los Ríos, cosiéndolo con el suelo.

Levantóse el Escobedo y diole otras tres o cuatro estocadas, con que le acabaron de matar; y antes que muriese, a un grito que dio el Ríos a los primeros golpes, le acudió el doctor Mesa a la boca a quitarle la lengua, y el herido le atravesó un dedo con los dientes. Muerto, como tengo dicho, le sacaron el corazón, le cortaron las narices y orejas y los miembros genitales, y todo esto echaron en un pañuelo; desviaron el cuerpo de la calle hacia el río, metiéronlo entre las yerbas, y fuéronse a casa del doctor Mesa.